



## **Roberto Jaramillo Arango, traductor de Horacio: La traducción entre lo local y lo (trans) nacional**

Juan G. Ramírez Giraldo<sup>1</sup>

### **Resumen**

El programa *Diálogo de Saberes y Oportunidades de Región* se abre como un espacio para pensar diversos temas en el contexto del territorio. La obra traductiva de Roberto Jaramillo Arango, particularmente sus traducciones de Horacio, permite pensar la inserción de un autor especialmente interesado en lo local en una dinámica nacional. En esta presentación trazaremos un perfil de este autor del Suroriente, prestando particular atención a sus traducciones de las Odas de Horacio, y a la recepción y crítica que estas tuvieron. Veremos aquí que la traducción, como empresa cultural, conjuga elementos que permiten repensar lo local en su interacción con elementos nacionales y transnacionales.

Se me ha invitado a hablar aquí en el programa *Diálogo de Saberes y Oportunidades de Región*, que se abre como un espacio para pensar diversos temas en el contexto del territorio. Mi reflexión va orientada a pensar lo local, no como contrapuesto a lo nacional o lo global, sino como un espacio en constante negociación con estos; también quiero llamar la atención sobre el hecho de que estos procesos no son exclusivos de nuestros tiempos globalizados, sino que se remontan a otros períodos de la historia. He querido hablar de la obra de un autor del Suroriente antioqueño cuya huella se percibe hasta hoy en el contexto inmediatamente local, pero también en el contexto del departamento e incluso de la nación. Se trata del sacerdote Roberto Jaramillo Arango oriundo de Sonsón. Quiero enfocarme particularmente en su trabajo como traductor de Horacio. Miraremos cómo la obra de este

---

<sup>1</sup> Profesor asistente de la Escuela de Idiomas de la Universidad de Antioquia y coordinador del Grupo de Investigación en Traductología. Realizó sus estudios de doctorado en la Universidad de Binghamton, en Nueva York. Sus intereses y publicaciones se orientan hacia la historia de la traducción, área en la que ha explorado la obra de autores como Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo, Candelario Obeso y Enrique Uribe White.



autor, que estaba en gran medida atravesada por lo local, entra en una conversación con autores en el ámbito nacional e incluso internacional. Comenzaré con una breve reseña biográfica de este autor y de su obra para posteriormente hablar de las traducciones de Las Odas de Horacio, el contexto en el que esta traducción se inscribió y la recepción y crítica que tuvo.

Hace casi 80 años, José María Restrepo Millán, en su reflexión sobre la recepción de Horacio ante el gusto moderno, se preguntaba: “¿Qué viene a hacer en Bogotá, América del Sur, el año 1937, un estudio más sobre un poeta nacido y muerto en Roma el siglo anterior a Jesucristo?” (vii). Y lo mismo podríamos preguntarnos nosotros hoy, sumándole a esto el hecho de que estaremos hablando de un traductor nacido hace más de 130 años, y de una traducción publicada hace 60. Lo cierto es que mirar la obra de Roberto Jaramillo Arango nos permite ver cómo la traducción sirve como puente, no solo entre una cultura original y una cultura receptora, sino entre producción propia y ajena, entre producción, recreación y crítica.

Roberto Jaramillo Arango nace en el municipio de Sonsón en el año de 1881 y muere en Bello en 1965. Era conocedor del latín por sus años en el seminario; fue párroco de Sonsón y primer rector del colegio de este municipio. Posteriormente fue profesor de la Universidad de Antioquia. Se destacó como historiador, traductor, y por sus obras de divulgación científica. Colaboraciones suyas aparecieron en revistas como la de la Universidad de Antioquia, de la UPB y Hojas de cultura popular, entre otras.



En su obra podemos ver que hay una fuerte presencia de lo local. Quiero referirme particularmente a sus Monografías botánicas y zoológicas en las que da información acerca de diferentes elementos de la flora y fauna del departamento desde una perspectiva a un tiempo científica y cultural, haciendo referencia a la obra de botánicos pero también a la presencia de estos elementos en el folklore. Vemos en las monografías un recorrido exhaustivo por aspectos que son del diario vivir de la región. En el plano de lo botánico habla Jaramillo Arango de productos como el aguacate, la arracacha, el frisol, la granadilla, el maíz y los alimentos en los que este entra, como la mazamorra, la chicha, etc. En cuanto a la fauna, hace referencia a animales como la chucha, las diferentes variedades de culebras y serpientes en sus *Apuntes ofiológicos*, entre las que cuenta más de treinta especies. Vemos también en su faceta como historiador un estudio sobre el papel del clero en la independencia colombiana. No es de extrañar que el interés que se le ha dado a la obra de Roberto Jaramillo Arango se haya dado sobre todo desde el contexto regional en vista de las temáticas que esta trata.

Quiero resaltar en esta presentación una faceta de la producción intelectual de Jaramillo Arango que trasciende el contexto local y se inscribe en dinámicas culturales que tiene lugar en la Colombia de su época y en el contexto internacional. Me refiero particularmente a su traducción de las odas y los epodos de Horacio. La Imprenta Nacional publica en 1954 la traducción de esta obra; en esta colección se incluye la traducción de casi la totalidad de



las odas y de los epodos, además del Elogio de la vida en el campo y el Canto secular, acompañados de algunas notas que sirven como clave para la lectura de la traducción.

Para ilustrar específicamente el contexto, la producción y la recepción de las traducciones de Roberto Jaramillo, escogí una de las Odas de Horacio más traducidas por autores colombianos: la Oda 3 del libro II dedicada a Quinto Delio, que era un político romano contemporáneo de Horacio. En esta oda, Horacio nos habla de dos temas que podrían parecer inconexos, e incluso contradictorios: por una parte, aconseja mantener el alma imperturbable ante lo que nos trae la vida, tanto triunfos como fracasos; por otra parte, recomienda la búsqueda de placeres ante lo pasajero de la vida y la inminencia de la muerte.



Original Oda II, 3 de Horacio	Traducción Miguel Antonio Caro (1918)	Traducción Rafael Pombo (1917)	Traducción Ismael Enrique Arciniegas (1950)	Traducción de Roberto Jaramillo Arango (1954)
<p>Aequam memento rebus in arduis servare mentem, non secus in bonis ab insolenti temperatam laetitia, moriture Delli,</p> <p>seu maestus omni tempore vixeris seu te in remoto gramine per dies festos reclinatum bearis interiore nota Falerni.</p> <p>Quo pinus ingens albaque populus umbram hospitalem consociare amant ramis? Quid obliquo laborat lympha fugax trepidare rivo?</p> <p>Huc vina et unguenta et nimium brevis flores amoenae ferre iube rosae, dum res et aetas et Sororum fila trium patiuntur atra.</p> <p>Cedes coemptis saltibus et domo villaque, flauvs quam Tiberis lavit, cedes, et exstructis in altum divitiis potietur heres.</p> <p>Divesne prisco natus ab Inacho</p>	<p><b>Animo igual en la contraria suerte Procura conservar, sereno y fuerte, Y así también, en tiempo de bonanza Exento de orgullosa confianza Oh Delio amigo, destinado a muerte.</b></p> <p>Ya en perenne tristeza nunca rías Ya disfrutes de puras alegrías, Y en la grama tendido, en fresco prado, Bebiendo tu falerno reservado Ledo consumas los festivos días.</p> <p>Aquí, donde sus ramos blanquecino Álamo enlaza a los de ingente pino Y con doblada sombra nos invitan; Aquí, do linfas trémulas se agitan Que huyendo de través se abren camino.</p> <p>Vino, y suaves esencias, y lozanas Flores manda traer – rosas galanas ¡Que tan presto se van! Alegre vive Mientras la edad fugaz no lo prohíbe Y el negro estambre de las tres hermanas.</p> <p>Día vendrá en que todo lo abandones, Tu casa, tus compradas posesiones, Tu quinta, que del Tibre ves bañada; Día, en que de riqueza acumulada Ocupe tu heredero altos montones. Que del tronco del ínaco engréido</p>	<p><b>Delio, pues hemos de morir, recuerda Guardar ánimo igual en todo caso, En el adverso al par que en el dichoso, Alegrías violentas evitando.</b></p> <p>Ya nuble triste azar todos tus días, Ya en los de fiesta busques tu regalo Con el Falerno de señal más vieja Sobre remoto césped recostado.</p> <p>Donde un álamo blanco a un pino ingente Amigo enlaza, y forman con sus ramos Grato sombrero albergue, a los murmullos De sesgo arroyo de afanado paso;</p> <p>Allí manda traer vino y ungüentos Y amenas rosas, pasto al aire blando. Mientras la edad y hacienda lo permiten Y de las Parcas el hilar tirano.</p> <p>Has de dejar esos comprados bosques, Y la casa, y la quinta que vasallo El Tíber baña ; y luego tu heredero Cuanto acaudales tú, tirará ufano.</p> <p>¿Qué te importa el ser rico y descendiente</p>	<p><b>En días adversos sereno consérvate; Y en plácidos días de tiempo feliz Preserva tu alma de dicha insolente. Acuérdate, Delio, que debes morir;</b></p> <p>Bien sea que amarga tu vida haya sido. O que en fiesta alegre, del campo en la paz, Tendido en el césped, un viejo Falerno Logre al fin tus penas hacerte olvidar.</p> <p>Allá donde se unen un pino y un álamo Y dan grata sombra cuando brilla el sol, Donde sesga fuente va huyendo y murmura Chocando en la orilla con blando rumor,</p> <p>Ordena que lleven ungüentos y vino, Y efímeras rosas de un fresco rosal, Mientras lo permitan los años y bienes Y las tres Hermanas acaben de hilar.</p> <p>Dejarás tus bosques, tu casa, tu quinta Que a orillas del Tíber hoy miras feliz, E irán a otras manos que esperan tu muerte En largas vigiliass de avidez ruín.</p> <p>Rico, descendiente de ínaco, o de raza</p>	<p><b>En el adverso caso no se abata tu frente, Ni en el feliz y próspero te muestres insolente Delio, pues tienes de morir. Ora la vida entera de dolor oprimido, Ahora los disantos en la yerba tendido Hayas dejado discurrir.</b></p> <p>Aquí donde los pinos y álamos blanquecinos Su ramaje poblado de frondas y de trinos Enredan con los del laurel, Aquí donde una hermosa debajo la espesura Y cristalina fuente a llegar se apresura, Haz traer rosas, vino, miel.</p> <p>Las que hilan de la vida la trama presurosas Así y feliz fortuna y riquezas cuantiosas Te lo han dignado conceder, Mas heredero ansioso en no lejano día Poseerá tu casa y aquesa tu alquería Que el rojo Tíber ves lamer.</p> <p>Ya te hayan sonreído la cuna y la fortuna, Ya en mísera chozuela hayas por toda cuna Nacido de un vil mortal, No importa. Descender hemos al orco horrendo En donde la sentencia terrífica en oyendo</p>



<p>nil interest an pauper et infima de gente sub divo moreris, victima nil miserantis Orci;</p> <p>omnes eodem cogimur, omnium versatur urna serius ocus sors exitura et nos in aeternum exilium impositura cumbae.</p>	<p>Vástago, en la opulencia hayas vivido, O bien a la intemperie ínfimo esclavo, Lo mismo te dará, víctima al cabo Del Orco, sordo a terrenal gemido.</p> <p>Todo camino a un mismo fin conduce; Toda suerte en la urna se introduce, Y, hora o mañana, a quien le toque obliga A que adiós para siempre al mundo diga Y en triste barca el Aqueronte cruce.</p>	<p>De ínaco el fundador, o pobre vástago De humilde cuna, y vida a la intemperie, Si al orco inexorable todos vamos?</p> <p>Es ley sin excepción. Todos los nombres En la urna están ya. Tarde o temprano, Cuál antes, cuál después, saldrán los nuestros Y al eterno destierro iremos ambos.</p>	<p>Humilde nacido, ¿qué te ha de importar El día que pasa y el día que viene Si el Orco te espera sombrío y fatal?</p> <p>Nos lleva el destino. Mañana, algún día --porque todos vamos hacia un mismo fin— De la urna aciaga saldrán nuestros nombres Y al exilio eterno debemos partir.</p>	<p>Que oigamos será fatal.</p> <p>Todos somos llevados al término postrero, Que si en nacer medidos fuimos por un rasero, Lo seremos en el morir De la suerte la urna nuestros nombres agita, La salida del nuestro será la eterna cita Que no podremos eludir.</p>
---	--	---	--	---

**Tabla 1.** Original y traducciones colombianas de la Oda II, 3 de Horacio. La fecha de publicación se indica entre paréntesis después de cada traductor.



Tenemos en la Tabla 1 una compilación de varias traducciones de la oda en cuestión. Quiero llamar la atención sobre el número y calibre de los traductores que se ocuparon de esta traducción. En primer lugar tenemos una traducción de Miguel Antonio Caro traducida a finales del siglo XIX, una de Rafael Pombo, una posterior de Ismael Enrique Arciniegas y, finalmente, la de Roberto Jaramillo. Vemos que cada traducción responde a la poética que imperaba en la época en que se produce la traducción. Caro emplea unas estrofas de 5 versos endecasílabos con rima consonante; esta versificación y métricas eran comunes en las traducciones de Caro de la poesía clásica. Por su parte Pombo emplea versos endecasílabos con rima asonante en el segundo y cuarto verso, un esquema propio del romanticismo. Por su parte Ismael Enrique Arciniegas emplea versos dodecasílabos con rima asonante. Finalmente, Jaramillo Arango hace uso de versos alejandrinos con rima consonante y hemistiquios de 7 sílabas en tercer y sexto verso que recuerdan la versificación de poetas modernos como Rubén Darío. Quiero llamar con esto la atención a que la traducción no permanece estática y si bien podemos ver que el sentido permanece más o menos igual, la forma definitivamente cambia y evoluciona.

Podríamos también preguntarnos por qué tantos autores tan reconocidos se interesaron en traducir el mismo texto en épocas tan diversas. Aquí tenemos que pensar qué funciones cumple la traducción en una sociedad. Normalmente suponemos que una traducción cumple con un papel sencillo: dar a conocer a lectores que no manejan un idioma textos a los que



de otra manera no podrían acceder. Sin embargo, a esta función transmisora básica podemos sumar otras. La traducción ha servido para el desarrollo de las literaturas nacionales, o a nivel individual, como ejercicio para desarrollar un estilo propio. Ha sido herramienta de la colonización, como sucedió con muchos intérpretes en la conquista de América, o como elemento de resistencia, como en el caso de la Italia fascista, o en Colombia con la traducción de los derechos humanos que hizo Antonio Nariño. Lo cierto es que en la Colombia de fines de siglo XIX y principios del XX, la traducción es un símbolo de estatus, distinción y cultura, como lo plantea José María Rodríguez García: “la traducción contribuía a incrementar la autoridad intelectual y política de los autores, que buscaban imponer un monopolio interpretativo de la cultura y la historia colombianas”. La traducción sirve, en este caso, como una forma de imaginar una herencia directa de las culturas clásicas. Basta pensar que estas traducciones eran en su mayoría publicadas en periódicos de escasa circulación, o no circulaban en absoluto.

Pasemos ahora a trazar la historia de la traducción de esta oda en Colombia. Como lo refiere Juozas Zaranka, la primera traducción de esta oda fue publicada en 1801; apareció en el Curioso Correo de Santa Fe y estaba firmada por un Joseph Tiburcio Lineros. Después de esa primera traducción, la oda fue traducida por los más grandes traductores de la historia colombiana, entre quienes contamos a Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo e



Ismael Enrique Arciniegas. También publicaron versiones de la oda los religiosos Gregorio Arcila Robledo, franciscano, y Roberto Jaramillo Arango.

Desde la aparición de su primera traducción, la oda resonó con el público neogranadino y, posteriormente, colombiano. El texto respondía bien a tres de las características que Zaranka describe para la literatura de la época: en primer lugar tenía un tono moralizante muy asociado a la obra de Horacio, quien era percibido en esa época como el poeta de la moral. Por otro lado, se da una incitación a la vida ociosa, percibido el ocio como un valor en la época; y, finalmente, la constante meditación sobre la muerte. En este sentido, el contexto de producción de las Odas y el contexto de su recepción en Colombia coinciden de manera evidente. Si bien entre los temas de las odas se cuentan el amor y la muerte, en palabras de Mañas Vieniegra, el trasfondo de la obra es el “elogio del programa de restauración moral de la República propuesto por Octavio Augusto” (270). Parte de esta restauración consistió en la pacificación de la República que, tras un siglo de guerras civiles, permitió a los poetas (anteriormente defensores de la República) recuperar el valor del *otium* necesario para el desempeño de su labor. No es de extrañar pues, que las odas de Horacio hayan encontrado un eco notable en la Nueva Granada y en los traductores post-independentistas.

Las sucesivas traducciones de la Oda y los prólogos y textos que las acompañan sirven a la vez como comentario, como revisión y como crítica de las traducciones anteriores. Poco



después de la publicación de la primera traducción, apareció una crítica en que se ponían de presente los valores y principios con los que eran evaluadas las traducciones: se rechazaba en ellas el que no conservara el orden y el sentido de las ideas, y que solo algunos de los pensamientos de Horacio quedaban plasmados. Se alababa en las Odas, en palabras del crítico Mariano del Campo, “la viveza, la exactitud de pensamiento, la belleza, la naturalidad de las imágenes, la gracia y la energía de las expresiones” (339) de Horacio, mientras que se lamentaba su falta en los trabajos de los traductores.

Las versiones sucesivas de las odas han sido alternativamente elogiadas y criticadas por diferentes autores. Las primeras versiones, particularmente, las traducciones de Caro y de Pombo fueron alabadas por autores internacionales de la talla de Marcelino Menéndez Pelayo, en su estudio crítico *Horacio en España*. Hay que decir que Menéndez Pelayo era corresponsal de Caro, de quien recibía noticias de América. Por otra parte, críticos colombianos como José María Restrepo Millán critican estas dos traducciones, diciendo que no queda en ellas nada de la belleza del original, al mismo tiempo que alaba la traducción de Ismael Enrique Arciniegas, llegando a advertir en ella un nuevo rumbo en la forma en que se ha de traducir a Horacio.

La traducción de Arciniegas, por su parte, es objeto de críticas por parte del mismo Roberto Jaramillo Arango, quien describe su versión como “pálida y desmayada” (512) y “parafrástica” (512), señalando en estos términos variadas omisiones y empobrecimientos



cualitativos, para concluir que Arciniegas “no fue muy feliz en la interpretación del venusino” (512). En un ensayo sobre Horacio y sus traductores, Jaramillo Arango privilegia la naturalidad como valor que debe guiar la traducción, en lugar de buscar acomodar la métrica española a la manera griega, y al respecto afirma: “Las traducciones deben aspirar a no parecerlo, a pasar por composiciones originales” (522), máxima que guiará su propia versión del poeta clásico.

De la recepción de las traducciones de Jaramillo Arango, por su parte, da cuenta un laudatorio artículo de Delimiro Moreno, historiador y periodista antioqueño. En un artículo a propósito de la publicación de *Horacio, sus mejores obras*, Moreno celebra la traducción de Jaramillo Arango como poesía por derecho propio, que “hace olvidar el que sea una traducción”, consecuente con el propósito que el mismo traductor exponía. La fidelidad no radica en apearse a la forma planteada por el original; ataca también, por otra parte, la excesiva libertad que algunos traductores como Pombo han asumido frente a la obra.

Como ya lo mencioné, la traducción de Roberto Jaramillo Arango se caracteriza por ser un intento de modernización del autor clásico adaptándolo a las convenciones poéticas de la época del traductor. Este tipo de esfuerzos han sido criticados con el argumento de que para traducir bien a Horacio no se puede hacer una adaptación al verso castellano. Zaranka afirma que el mérito de Horacio consistía, precisamente, en la revolución que significó para la métrica de la poesía latina la introducción de una métrica griega. Lo que aconsejan



autores con esta perspectiva es revolucionar la métrica castellana imponiendo la métrica y el orden griegos de modo que sea la lengua receptora la que se acomode a ellos. Jaramillo Arango, por otra parte, siguió los consejos que el mismo Horacio daba en su *Ars Poetica*, cuando recomendaba no traducir como un “intérprete fiel”, sino creando nuevas formas en la lengua de llegada.

En cuanto contenido podemos afirmar que la traducción de Roberto Jaramillo Arango puede caracterizarse al mismo tiempo como libre y como liberal. Es libre en el sentido que no se apega ni a la métrica ni a la forma del original empleando versos propios de su propio contexto. Y es liberal, o por lo menos no es tan conservadora como otras traducciones en el sentido que no ejerce una censura sobre las temáticas que se tratan en las odas. Dos ejemplos concretos: en las traducciones publicadas en Colombia de la obra de Horacio se suelen omitir dos epodos que eran considerados por la crítica como de mal gusto. Uno de ellos, titulado “A una vieja libidinosa” fue publicado de manera íntegra por Jaramillo Arango. Por otra parte, era común que en las traducciones anteriores se eliminaran las referencias al homoerotismo tan común en la época clásica. En el prólogo a la traducción de Ismael Enrique Arciniegas, por ejemplo, se lee la siguiente nota: "He cambiado algunos nombres masculinos por femeninos: lo mismo hicieron Fernando de Herrera al traducir una poesía de Horacio y don M. A. Caro al verter una de Virgilio. Los modernos leemos con repugnancia ciertos relatos de costumbres romanas" (XXIX). A pesar de ser sacerdote,



Jaramillo Arango no censuró estos aspectos del original, bien sea porque consideraba estos aspectos como parte central de la naturaleza de esta poesía, y que por lo tanto no podían ser eliminados, o porque tenían un talante abierto frente a estos temas.

Para concluir se puede establecer una conexión aquí con la obra propia de Roberto Jaramillo, considerado por la crítica como uno de los principales poetas antioqueños (Fernando González se refirió a él como “uno de los pocos poetas que en Antioquia han sido”). En primer lugar en su colección de poesía titulada *En silencio* se mezclan indistintamente la obra original con algunas de sus traducciones. En segundo lugar, podemos ver que en algunas de sus poesías se evidencian temas horacianos, particularmente en referencia al elogio que éste hace de la vida campesina y algunos temas de naturaleza erótica/sacra. Confirmamos, en últimas, que la traducción como empresa cultural en la obra de Roberto Jaramillo Arango conjuga elementos que permiten repensar lo local en su interacción con elementos nacionales y transnacionales, así como la interacción entre lo propio y lo ajeno.

### **Bibliografía**

Arciniegas, Ismael Enrique (1950). *Odas, seguidas del Canto Secular y de un fragmento de la Epístola a los Pisones*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.



Caro, Miguel Antonio (1918). “Horacio”. En: *Obras Completas*, vol. I. Bogotá, Imprenta Nacional, pp. 207-362.

Del Campo Larraondo, Mariano (1953). “Carta a los señores editores del periódico de Santa Fe de Bogotá intitulado ‘Correo curioso’”. En: *Historia de la literatura colombiana*, vol. 3. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, pp. 335-341.

Gallo Martínez, Luis Álvaro (2008). “Roberto Jaramillo Arango”. En: *Diccionario biográfico de antioqueños*, pp. 400-401.

Jaramillo Arango, Roberto (1946). *El clero en la independencia*. Medellín, Universidad de Antioquia.

---- (1951). “El ‘Horacio’ de Arciniegas”. En: *Universidad de Antioquia*, no. 103, pp. 497-528.

---- (1954). *En silencio*. Medellín, Imprenta Departamental.

---- (1954). *Horacio: sus mejores obras*. Bogotá, Imprenta Nacional.

---- (1986). *Monografías botánicas y zoológicas*. Medellín, Ediciones Autores Antioqueños, 2ª edición.

Mañas Viniegra, F. J. (2006). “El tópico de la muerte en la ‘Oda 2, 3’ de Horacio”. En: *Actas de las IV Jornadas de Humanidades Clásicas*. Extremadura, Consejería de Cultura, pp. 269-284.



Moreno, Delimiro (1954). “Horacio, sus mejores obras”. En: *Universidad de Antioquia*, no. 119, pp. 691-708.

Pombo, Rafael (1917). “Odas de Horacio”. En: *Traducciones poéticas*. Bogotá, Imprenta Nacional, pp. 187-251.

Restrepo Millán, José María (1937). *Horacio: su lírica ante el gusto moderno*. Bogotá, Imprenta Nacional.

Zaranka, Jouzas (1969). “La oda II, 3 de Horacio y su primera traducción en la Nueva Granada”. En: *Revista Universidad Nacional*, no. 3, pp. 96-118.